

Reportaje

Dimensión espiritual, de curar a cuidar

P. Silvio Marinelli

El diccionario define cuidar como “poner atención y solicitud en la ejecución de una cosa, asistir, guardar, conservar, mirar uno por la salud, darse buena vida”; es un concepto más amplio y más profundo que “curar” o restituir la salud.

El término “paliar” viene del latín “palliare” y significa aliviar las fatigas del cuerpo o aflicciones del ánimo, dar mejoría al enfermo.

Como afirma la propia palabra (del latín «pallium», manto), estos cuidados cubren al enfermo incurable con un manto, de forma parecida a como san Martín, obispo de Tours, al dar la mitad de su manto a un pobre que encontró en el camino, no resolvió de raíz su problema, pero sí lo animó y alivió.

La dimensión espiritual

El estudio del hombre, la antropología, nos ilumina sobre el hecho que es difícil de definir en términos sintetizados la realidad de la persona humana. Esto depende de la “riqueza” de facetas del hombre: por más esfuerzos que se hagan, la persona permanece un misterio, al que podemos acercarnos sólo con respeto y con la consciencia que toda definición es siempre parcial.

En efecto, la persona humana es un ser integral, un todo: alma y cuerpo, materia y espíritu. Una realidad que no podemos separar en sus componentes. Puede ser útil didácticamente presentar las “dimensiones” de la persona humana, pero con la consciencia que se trata sólo de un esquema que nos ayude a la reflexión.

Nuestra existencia transcurre en muchos ambientes (la familia, los amigos, el estudio y el trabajo, el tiempo libre y el mundo de las relaciones sociales); en todos estos campos tenemos objetivos que perseguir individual y colectivamente. Sentimos la necesidad de que nuestra vida tenga un sentido unificador, una dirección precisa. El significado de la vida, la unificación de tantos intereses y objetivos en una dirección unificadora, tiene lugar alrededor de algunos elementos de nuestra persona que podemos llamar “dimensión espiritual”: la respuesta a la pregunta sobre el sentido de nuestra vida, los valores más importantes que orientan las decisiones, las creencias de naturaleza filosófica y religiosa.

Cada uno de nosotros, aún involucrado en múltiples actividades y campos de interés, trata de encontrar los elementos unificadores que le permitan “decirse” y decirles a los demás

que nuestra existencia es una realidad única y unificada alrededor de una opción fundamental.

Es necesario subrayar que la dimensión espiritual y la dimensión religiosa, íntimamente relacionadas e incluyentes, no son necesariamente coincidentes entre sí. Mientras que la dimensión religiosa comprende la disposición de la persona en sus relaciones con Dios dentro del grupo al que pertenece como creyente y en sintonía con modos concretos de expresar la fe y las relaciones, la dimensión espiritual es más vasta, abarcando además el mundo de los valores y la pregunta por el sentido último de las cosas, de las experiencias.

La dimensión espiritual es más amplia que la religiosa y se expresa en toda persona, aún en aquellas que no tienen un credo religioso particular; la segunda (menos amplia y perteneciente en parte a la espiritual), es el resultado de una relación particular con un "ser trascendente" (Dios), relación que ofrece una respuesta a la pregunta de significado y una serie de valores.

Las necesidades espirituales

Cada vez más somos conscientes de la importancia de la detección de las necesidades espirituales. Se trata de una tarea de todos los profesionales de la salud. Dice el doctor Gómez Sancho: "Entender el asunto de que las necesidades espirituales y religiosas no son sinónimas, tiene una gran importancia práctica. No es asunto exclusivo del sacerdote o pastor intentar hacer frente a este tipo de necesidades. Todos los componentes del equipo pueden y deben, en uno u otro momento, ayudar al enfermo en unos aspectos de su recorrido, tan importantes como intangibles".

Estas son las necesidades espirituales más apremiantes:

- Acompañar a manejar la angustia
- Acompañamiento en el manejo de las preguntas difíciles
- Aceptar e integrar las propias reacciones ante la muerte
- La pregunta del sentido
- El descubrimiento de nuevos valores
- Reconciliación con la propia existencia: manejo de la memoria y de la culpa
- Revisión de las propias opciones fundamentales
- Experimentar la continuidad de la historia humana
- Vivir la esperanza
- Elaboración del dolor por las separaciones
- Profundizar la dimensión religiosa

Dos actitudes necesarias en el acompañamiento espiritual

Ante todo, el desarrollo de la sensibilidad (frente a la indiferencia) permite canalizar adecuadamente las demandas y los recursos que brotan de la experiencia espiritual y religiosa, dentro de un objetivo terapéutico, en colaboración con los familiares, los profesionales y los voluntarios. Esto supone desarrollar una fina sensibilidad, atenta a los

mensajes e indicadores que están demandando un apoyo espiritual. Se necesita una escucha empática y respetuosa, y también evitar los extremos de la intromisión y la indiferencia.

En segundo lugar, el acompañamiento exige una actitud de apoyo de las creencias espirituales personales del paciente (incluso si éstas parecen inusuales o son desconocidas). Las creencias espirituales son extremadamente variadas y, por lo general, proporcionan un bienestar basado en significados personales para el paciente. Intentar alterar tales creencias o sustituirlas por otras, muestra falta de respeto por las elecciones hechas por el paciente y puede precipitar conflictos y tensiones innecesarios. Siempre hay que tener este respeto de los símbolos y manifestaciones religiosos.

La perspectiva católica

La religión católica tiene un mensaje específico sobre la realidad de la vida y la muerte: fundamentalmente afirma que la vida es un “don” precioso de Dios que va vivida con responsabilidad y la muerte es un “paso” a otra vida, a una vida mejor no caracterizada por los sufrimientos y los límites de esta vida terrenal.

Cada bautizado, en virtud del Espíritu Santo puede, ya en esta vida, experimentar de la “transfiguración” del propio cuerpo en un proceso que lo lleva gradualmente a ser más semejante a Jesucristo. La vida cristiana (y en particular la liturgia) tiene este objetivo: transformar la vida del creyente cada vez más a imagen de Jesús (con sus actitudes y comportamientos de disponibilidad, perdón, servicio, donación).

¿Por qué las enfermedades? Se pueden encontrar diferentes, y no excluyentes, interpretaciones: son debidas a la condición humana de fragilidad y vulnerabilidad, pueden ser consecuencias de un desorden moral o de estilos de vida equivocados. La pregunta fundamental del hombre bíblico no es tanto sobre los “porqués” del sufrimiento, cuanto sobre su función, su sentido, sobre los “¿para- qué?”. En esta perspectiva, el sufrimiento está considerado como señal de los límites humanos, como ocasión de purificación, como “escuela de vida”, como ocasión para desarrollar más la propia fe y confianza, como sufrimiento “vicario” (en lugar de otras personas).

En particular la experiencia de Jesús, que sufrió y murió injusta e inocentemente, y a través de esta experiencia gana nuestra salvación, entrega un sentido nuevo al sufrimiento: puede llegar a ser “lugar pascual”, tiempo y acontecimiento en los cuales podemos experimentar su presencia, de encuentro con Él. La enfermedad se convierte en un “lugar”, en una ocasión para experimentar y expresar la propia fe, en unión a Cristo y realizar así la propia vocación bautismal: ser entregados al Señor en cada actividad y situación de vida.

En este sentido, el sufrimiento no sólo se convierte en una ocasión de crecimiento espiritual por el mismo enfermo, sino que se convierte en salvación para los que rodean al enfermo: la bondad del gesto se irradia alrededor. El enfermo coagula en su alrededor y difunde un sentido de paz, de fe, hace brotar la solidaridad, abre a la esperanza; es todo el ambiente que cambia y mejora.

El sacramento de la Unción de los Enfermos

Lejos de ser el sacramento de los moribundos inconscientes o una especie de “pasaporte” para el más allá, limpio de toda interpretación mágica o supersticiosa, puede expresar su verdadero sentido: signo de la presencia orante de la comunidad para exhortarle al enfermo a la fe y ofrecerle la gracia de santificación, para que viva sus sufrimientos como Cristo. “Este sacramento otorga al enfermo la gracia del Espíritu Santo, con la cual, el hombre entero es ayudado en su salud, confortado por la confianza en Dios y robustecido contra las tentaciones del enemigo y la angustia de la muerte, de tal modo que pueda no sólo soportar sus males con fortaleza, sino también luchar contra ellos...” (Rito).

La celebración de la unción por parte de la Iglesia se sitúa en la continuidad de los gestos de Jesús a favor de los enfermos. La enfermedad afecta todo el hombre, su cuerpo y su espíritu: Sin una especial gracia del Señor, el enfermo podría sufrir la tentación de encerrarse en sí mismo, de abandonarse a la soledad o a la desesperación, hasta rebelarse contra Dios y su providencia. La virtud del sacramento consiste en conferir al enfermo las gracias necesarias para confiar en el Dios de la salvación y dominar en la fe su situación; se despliega como consuelo – ayuda –, alivio en Jesús y en la comunidad eclesial, como crecimiento en la vida del Espíritu. No se necesita subrayar que estos efectos más se manifiestan cuando el enfermo, sus familiares y los profesionales saben colaborar de cara a un cuidado integral, a un acompañamiento holístico, sin miedos o actitudes de rechazo y aislamiento.

La muerte y el viático

La perspectiva de la fe cristiana ilumina también el evento de la muerte, como “paso” pascual con Cristo a la Casa del Padre.

El cristiano puede “morir como cristiano”. Frente a la muerte, el bautizado no repara en lo que deja, sino que se lanza hacia el futuro: para él morir es participar en la victoria de Cristo sobre la muerte.

La participación a los Sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía en forma de Viático, quieren expresar la reconciliación con el pasado y el alimento para el “gran viaje” más allá de la muerte. El Viático puede entregar nuevo sentido a la muerte del cristiano: la muerte asume entonces el significado de una ofrenda unida a la de Cristo, el cual, la acoge y presenta al Padre.